

El demonio de la barra

Fredy Gonzalo Rodríguez Sánchez

Lic. en Literatura y Lengua Castellana

CAT Ibagué

Qui nombre no es importante, mi nombre puede ser cualquiera y puede ser cualquiera porque esta historia que les voy a contar es más de ella que mía. Yo solo fui una pieza de un rompecabezas, un minuto de una hora. Pero ¿saben? yo estoy lejos de ser una víctima como esos otros y no porque no haya sufrido, sino porque al menos yo logré moverle el piso. Yo logré acelerar ese corazón de piedra, y aunque las cosas no terminaron como yo quería estoy disfrutando de este desamor.

Un bar fue el lugar en donde nació y creció el amor, Tertulias se llama, queda a tres cuadras de mi casa, justo en la esquina de la quinta con tercera. El bar no es muy concurrido por eso fue el bunker ideal, la trinchera en donde le hicimos frente al terrible invierno y también fue la tumba en donde quedo mi cuerpo. Recuerdo verla entrar porque junto con ella vino un vendaval que azotó la puerta contra la pared, y fue imposible no voltear a ver lo que sucedía. Avergonzada, pero sin sonrojar se acercó a la barra a pedir una cerveza, a mí me pareció normal que una mujer quisiera refrescar su sed con una amarga. Como era de esperar, algunos de los hombres que estaban en aquel lugar se acercaron a conversar y ella ante mi atónita mirada, no rechazaba conversación alguna. Rápidamente muchos de ellos empezaron a invitarle bebidas y cervezas, no había duda que se había hecho dueña del bar.

La lluvia golpeaba la ventana y en un piz-paz el cristal se hizo catarata. Desde la comodidad de mi silla podía ver a la gente correr de la lluvia como si esta fuese ácido que derritiera sus caras de fachada. En las orillas de la carretera se formaron pequeños arroyos que iban calle abajo arrastrando con ellos toda clase de basura y un zapato. Una madre corría detrás de aquel zapato, pero no pude observar si lo alcanzaba pues en ese momento una dulce melodía proveniente de la barra me desconecto de la graciosa escena. Ella reía a carcajadas porque uno de los borrachos se había caído de la silla, no puedo mentir cuando digo que la tonalidad de su risa provocó en



mi rostro una sonrisa, no sé si ella lo notó, pero por un momento nuestras miradas se mezclaron, y el resultado fue un rojo pastel que coloreo nuestras mejillas.

Ese invisible contacto no era suficiente para darle valor a mi corazón con el fin de acercarse, por suerte estaba en el lugar indicado para comprar valor, me acerqué al mostrador por el otro extremo y pedí un trago doble, lo tome de un golpe y camine hacia ella decidido a decirle “hola”. El camino

no era largo,
q u i z á s
unos 10
p a s o s ,

sin embargo, me dio tiempo de pensar en que un “hola” no era la mejor forma de llegar. Miles de pensamientos, frases y clichés pasaron por mi cabeza en esos cortos pasos y sin darme cuenta ahora estaba frente a ella. Las manos me sudaban y la

voz se negaba a salir para responder a su “hola” que se clavó de una manera tan sutil en mi pecho que no tuve más remedio que asentir y volver de nuevo a mi puesto. Por supuesto las burlas no se hicieron esperar y sentado en mi lugar volví la vista de nuevo a la ventana, esta vez no había catarata, sino simples gotas que en contra de la gravedad se querían juntar.

Uno a uno los vi desfilan, de la barra al baño pasar, llevando en sus manos un poco de dignidad y en su pecho un corazón triturado por el dolor de la realidad, sus ojos tristes eran el resultado del rechazo inesperado. Quise devolverles las burlas, pero no fui capaz de solidarizarme con la victimaria. De manera tal que me dedique a observar cómo aquella mujer consumía la esperanza de esos hombres y la bajaba

con cerveza, era una escena terrorífica, la frialdad y la firmeza de sus ojos al rechazar eran más dolorosas que las palabras que brotaban de sus lindos labios rojos. Con el paso de las horas los hombres se rindieron ante la imposibilidad. Desdichados y borrachos salieron camino a sus casas. Ahora era momento de enfrentar mis miedos para poder vencer al demonio que me miraba.

Un silencio sepulcral creó una atmósfera densa. Si escuchabas con detenimiento, podías oír los palpitos de mi corazón que como péndulo de reloj se balanceaba entre el coraje de acercarse y el miedo de quedarse allí sentado imaginando lo que pudiese pasar. La indecisión me estaba matando, así que fui al baño a orinar y para mi sorpresa, al regresar, ella estaba sentada en mi lugar. La suerte estaba echada, así que tome el poco valor que tenía, respire profundo y frente a ella me acomode.

Las palabras sobraron, nuestro lenguaje era corporal; roces, caricias y miradas eran todo lo que en la mesa había. Justo cuando quise esbozar una palabra, ella posó su dedo índice sobre mi boca y con la ternura de un infante tomó mi cara con sus manos, acerco sus labios que olían a gloria y cerveza. Totalmente inusitado por su acto fui incapaz de cerrar los ojos y de la misma manera en la que me beso se paró de allí, me dio la espalda, caminó hasta la puerta y salió. En medio de la noche y entre taxis desapareció.

Aún no creo que todo haya sido verdad, pero ante la duda de mi alma, camino errante por lo bares de la cuadra buscando al demonio de la barra.

